



Alice Miller

EL CUERPO NUNCA MIENTE

Biblioteca Alice Miller

TUSQUETS
EDITORES

Alice Miller
EL CUERPO NUNCA MIENTE

Traducción del alemán
de Marta Torent López de Lamadrid

Título original: *Die Revolte des Körpers*

1.^a edición en esta presentación: noviembre de 2020

1.^a edición en Col. Ensayo: septiembre de 2009

© Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main, 2004
Todos los derechos reservados y controlados a través
de Suhrkamp Verlag, Berlín

© de la traducción: Marta Torent López de Lamadrid, 2005
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-882-5
Depósito legal: B. 14.932-2020
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Prólogo	11
Introducción: Cuerpo y moral	15
I. Decir y ocultar	
1. La veneración a los padres y sus trágicas consecuencias (Dostoievski, Chéjov, Kafka, Nietzsche)	39
2. La lucha por la libertad en los dramas teatrales y el grito ignorado del cuerpo (Friedrich von Schiller)	44
3. La traición a los recuerdos (Virginia Woolf)	50
4. El odio hacia uno mismo y el amor no sentido (Arthur Rimbaud)	53
5. El niño cautivo y la necesidad de negar el dolor (Yukio Mishima)	58
6. Asfixiado por el amor materno (Marcel Proust)	62
7. El gran maestro de la disociación de sentimientos (James Joyce)	71
Epílogo de la primera parte	73

II. La moral tradicional en las terapias y la sabiduría del cuerpo

Introducción.	79
1. La naturalidad del maltrato infantil.	88
2. En el tiovivo de los sentimientos	97
3. El cuerpo, guardián de la verdad	116
4. ¿Puedo decirlo?	122
5. Mejor matar que sentir la verdad	129
6. La droga, el engaño al cuerpo.	133
7. Tenemos derecho a sentir	143

III. Anorexia nerviosa: El anhelo de una comunicación verdadera

Introducción.	163
El diario ficticio de Anita Fink.	170
Epílogo (Resumen)	197
Bibliografía.	203

La veneración a los padres y sus trágicas consecuencias

Dostoievski, Chéjov, Kafka, Nietzsche

Al estudiar a dos autores rusos, Chéjov y Dostoievski, cuyas obras tanto significaron para mí en mi juventud, descubrí que en el siglo XIX el mecanismo de disociación estaba a la orden del día. Cuando, al fin, logré deshacerme de mis ilusiones con respecto a mis padres y ver claramente las consecuencias que sus malos tratos habían tenido en mi vida, abrí los ojos y me fijé en hechos a los que antes no había dado importancia alguna. Por ejemplo, en una biografía sobre Dostoievski, leí que su padre, que empezó ejerciendo de médico, heredó hacia el final de su vida una finca con cien siervos. Y los trató con tal violencia que éstos acabaron matándolo. La brutalidad de este hacendado debió de exceder en mucho a la normalidad; de lo contrario, ¿qué explicación tiene que los esclavos, en general amedrentados, prefirieran el castigo de la expulsión a seguir sufriendo bajo ese régimen de terror? Así pues, cabe suponer que el hijo de este hombre también estuvo expuesto a esta brutalidad; y yo quería ver cómo el autor de novelas conocidas en todo el mundo había asimilado esta situación en su historia personal. Naturalmente, conocía su descripción del padre despiadado

en la novela *Los hermanos Karamazov*, pero lo que yo quería era saber cómo había sido su verdadera relación con su padre. De modo que busqué en sus cartas pasajes alusivos a ello. Aunque leí muchas, no encontré ninguna dirigida a su padre y sólo una mención, en la que el hijo manifestaba por su padre un cariño y un amor absolutos; en cambio, en casi todas las cartas, Dostoievski se quejaba sobre su situación económica y pedía ayuda en forma de préstamo. A mi juicio, sus cartas reflejan con claridad tanto el miedo del niño a la constante amenaza vital que pendía sobre él como la desesperada esperanza de que el benevolente destinatario comprendiera su necesidad.

Como se sabe, la salud de Dostoievski era muy precaria. Padecía insomnio crónico y se quejaba de que tenía pesadillas en las que, probablemente, afloraban sus traumas infantiles sin que él fuera consciente de ello. Durante décadas sufrió, además, de ataques epilépticos. No obstante, sus biógrafos apenas han establecido una conexión entre estos ataques y su traumática infancia; al igual que tampoco se han percatado de que su adicción al juego de la ruleta ocultaba la búsqueda de un destino favorable. Es verdad que su mujer le ayudó a superar su adicción, pero no le sirvió de testigo cómplice, y en aquella época, incluso más que ahora, nadie se planteaba hacer el menor reproche a sus padres.

Una situación similar encontré en Antón Chéjov, quien en su relato «Un padre de familia» describe, al

parecer, con gran precisión a la persona de su padre, un antiguo esclavo y exalcohólico. El relato trata de un hombre que bebe y que vive a costa de sus hijos, de cuyos éxitos se apropia para cubrir sus carencias internas, pero que nunca ha intentado ver cómo son sus hijos de verdad; un hombre que nunca ha tenido un gesto de cariño hacia alguien ni de dignidad consigo mismo. Este relato, una obra literaria, permaneció completamente dissociado de la vida consciente de Chéjov. Si el autor hubiese podido sentir cómo lo trataba su padre en realidad, a buen seguro se hubiese avergonzado o hubiera estallado de indignación, pero en su tiempo eso era impensable. En lugar de rebelarse contra su padre, Chéjov mantuvo a sus expensas a toda su familia, incluso en épocas en las que ganaba muy poco. Pagaba el piso de sus padres en Moscú, y se ocupó de ellos y de sus hermanos. Pero en su epistolario encontré pocas referencias a su padre. Cuando lo nombra, las cartas testimonian una actitud de total benevolencia y comprensión por parte del hijo. No hay ni rastro de la exasperación por las brutales palizas que de pequeño su padre le propinaba casi a diario. Con poco más de treinta años, Chéjov fue a pasar unos meses a la isla de Sajalín, una colonia penitenciaria, para —como él declaró— describir la vida de los condenados y las torturas y malos tratos que padecían. Al parecer, la conciencia de saberse uno de ellos también permaneció dissociada en él. Los biógrafos atribuyen su temprana muerte, a los cuarenta y cuatro años de edad, a las atroces condiciones que imperaban en la isla de Sajalín. Sin embargo, tanto Chéjov como su hermano Nikolái, que murió siendo

aún más joven que él, sufrieron de tuberculosis toda su vida.

En *Du sollst nicht merken* [Prohibido sentir], demostré que el hecho de escribir ayudó a sobrevivir a Franz Kafka y a otros autores, pero no bastó para liberar del todo al niño encadenado que llevaban dentro y devolverle la vida, la sensibilidad y la seguridad tiempo atrás perdidas, porque para dicha liberación es imprescindible un testigo cómplice.

Es cierto que Franz Kafka tuvo en Milena, y sobre todo en Ottla, su hermana, dos testigos de su sufrimiento. Podía sincerarse con ellas, pero no hasta el punto de hablar de sus antiguos miedos ni del sufrimiento infligido por sus padres. Eso era tabú. Sea como fuere, finalmente, escribió la célebre *Carta al padre*, pero no se la envió a su padre, sino a su madre, a quien le pidió que se la entregase a él. En su madre buscó al testigo cómplice, tuvo la esperanza de que, al fin, gracias a esta carta, ella entendiera su sufrimiento y se ofreciera a actuar de intermediaria. Pero la madre escondió la carta y jamás trató de hablar con su hijo del contenido de la misma. Sin el apoyo de un testigo cómplice, Kafka no estaba en condiciones de enfrentarse con su padre. El temor al amenazador castigo era demasiado grande. Pensemos por un momento en el relato *La condena*, que describe este miedo. Por desgracia, Kafka no tenía a nadie que le apoyara y le animara a enviar esa carta. Quizás ésa hubiera sido su salvación. Él solo no pudo dar este paso; por el contrario,

enfermó de tuberculosis y murió con poco más de cuarenta años.

Algo parecido se observa en Nietzsche, cuyo drama expuse en *La llave perdida* y en *Abbruch der Schweigemauer* [Rompiendo el muro del silencio]. A mi entender, las magníficas obras de Nietzsche son un grito que llama a liberarse de la mentira, la explotación, la hipocresía y el conformismo, pero nadie, y él menos que nadie, pudo ver cuánto sufrió ya desde niño. Sin embargo, su cuerpo sintió siempre esta carga. Desde muy pequeño luchó contra el reuma, que, igual que sus fuertes dolores de cabeza, sin duda alguna habría que atribuir a la represión de las emociones intensas. Tuvo asimismo otros muchos problemas de salud; presuntamente, cayó enfermo hasta cien veces en un solo año escolar. Nadie se percató de que el sufrimiento provenía de la hipócrita moral que regía la vida de entonces, porque todos respiraban el mismo aire que él. Pero su cuerpo acusó las mentiras con más claridad que los demás. Si alguien hubiese ayudado a Nietzsche a aceptar lo que su cuerpo sabía, no habría tenido que «perder la razón» y seguir ciego hasta el fin de sus días para no ver así su propia verdad.